

**“Dios se hizo presente en tantos corazones
y manos que levantaron a los heridos”**

Jesús Fernández, obispo de Córdoba

Una reflexión ante la tragedia de Adamuz

H. Francisco Javier Sáez de Maturana

Hace unos 2.300 años, el filósofo griego Epicuro, quien proclamaba que de nada sirve hacer filosofía si no puede ayudar a curar los males individuales y las dolencias sociales, recorrería las calles de Atenas formulando a los ciudadanos un dilema que aún hoy sigue resonando. Epicuro decía:

Ante el mal que existe en el mundo, sólo hay dos posibles explicaciones: o Dios no puede evitarlo, o no quiere hacerlo. Si no puede, entonces no es todopoderoso y no nos sirve como Dios. Si no quiere, entonces es malo y tampoco nos conviene como Dios.

¿Qué pasaba con este dilema? Pues que en cualquiera de las dos opciones quedaba destruida la imagen de lo divino.

Durante la pandemia, y en los dos años posteriores, reflexioné con mis alumnos de secundaria sobre Dios y las desgracias. Partíamos en nuestra reflexión del dilema de Epicuro.

Son numerosas y lamentables las tragedias humanas en los cinco continentes. Una de ellas se ha producido en este mes de enero en España: se trata del accidente ferroviario en Adamuz (Córdoba). No es la mayor de las desgracias de los últimos años, pero, dado que me encuentro en España en este momento, y atento a la repercusión que está teniendo en el país -como es natural-, y echando mano de las numerosas



informaciones a las que he tenido acceso a través de los medios de comunicación, he decidido pensar, escribir y ofrecer el fruto de todo ello en estas páginas, que, ojalá, no sean demasiado para quien las quiera leer.

A todos se nos ha quedado agarrado al corazón el relato de una niña de 6 años deambulando por las vías, sola. Su madre, su padre, su hermano y su primo habían fallecido en el accidente. La imagen era desoladora. Cristina caminaba sola a la orilla de la

catástrofe, buscando unos brazos donde cobijarse, una explicación a lo ocurrido, a su tierna edad. ¡Una niña!

¿TIENE DIOS ALGO QUE VER?

Ante toda tragedia, y, en concreto, ante la de Adamuz, es natural que muchas personas se pregunten quiénes son los responsables de tanto dolor y tanta injusticia. Unos señalan a los políticos o directivos de las empresas ferroviarias, y, tristemente, otros llegan a pensar que Dios tiene algo que ver con todo esto.



Se escucha a veces que las desgracias son consecuencia del “olvido de Dios”, que por habernos alejado de la fe nos hemos vuelto más egoístas, más cómodos, menos solidarios. Incluso se dice que solo saldremos adelante “cuando Dios quiera”. Sin embargo, este modo de hablar puede hacer mucho daño, porque corre el riesgo de presentar a Dios como causante del sufrimiento humano, y eso no solo no ayuda a la fe, sino que puede alejar a muchas personas de él. Recordemos el dilema de Epicuro.

Pero, si somos cristianos, hemos de decir, sin duda ni titubeo alguno: Dios no es el autor del mal ni del dolor. Asociarlo con las desgracias -como el accidente de Ademuz, los terremotos o las enfermedades- distorsiona profundamente su verdadero rostro.

El Dios que Jesús nos revela es un Padre bueno, cercano, compasivo, que sufre con sus hijos y camina con ellos en medio de las dificultades.

Un padre que ama no envía sufrimientos para dar lecciones; al contrario, sostiene, consuela y acompaña, impulsando la acción de sus hijos, mujeres y hombres solidarios.

¿PERMITE DIOS LAS DESGRACIAS?

En el viaje que el recordado Papa Francisco hizo a Filipinas, entre lágrimas, Glyzelle Palomar, una niña que había sido rescatada de la calle –un mundo de abandono para los niños, abusos, drogas y prostitución–, dio voz al millón doscientos mil niños filipinos sin hogar que todos los días buscan comida en la basura y duermen en cajas de cartón en barrios marginales. Le dijo al Santo Padre algo que le dejó sin palabras.

Hay muchos niños abandonados por sus propios padres, muchos son víctimas de muchas cosas terribles como las drogas o la prostitución. ¿Por qué Dios permite estas cosas, aunque no es culpa de los niños? ¿Por qué tan poca gente nos viene a ayudar?

Ciertamente, muchos niños, demasiados niños, jóvenes, adultos y ancianos formulan de una u otra manera -y nos formulamos- la misma pregunta en este mundo lleno de tragedias: “¿Por qué miles de personas mueren de hambre cada día? ¿Por qué existen guerras tan crueles? ¿Por qué un cáncer de útero ha arrebatado la vida de Mary a los 38 años? ¿Por qué sufren tanto personas que han entregado sus vidas por los demás aliviando sus dolores? ¿Por qué...? ¿Por qué...?”



El Papa escuchó a Glyzelle -que estaba acompañada de Jun Chura, un adolescente de 14 años que también fue un niño de la calle-, como siempre lo hacía, con los ojos de la cara y del corazón bien abiertos y atentos, y no, como vemos en tantas ocasiones, que quien parece escuchar, antes de terminar lo que se le quiere decir ya tiene una respuesta. Se levantó, la abrazó con ternura y dejó a un lado el discurso que traía preparado. La pregunta de una niña entre lágrimas tocó su alma y dio lugar a palabras

nacidas del dolor compartido. “Cuando nos pregunten por qué sufren los niños -dijo el Papa Francisco-, nuestra respuesta debe ser el silencio o las palabras que brotan de las lágrimas”. Porque las lágrimas limpian la mirada y ablandan el corazón. A veces, también consuelan. Las lágrimas son sagradas.

Entonces, ¿se puede hablar de Dios ante tanto sufrimiento desolador? Siguiendo al Papa Bergoglio y a tantos maestros espirituales, quizás lo primero que debemos hacer sea callar, acompañar, llorar con quien sufre. Y después, con mucha ternura, ayudar a comprender que Dios no es un ser lejano que decide el dolor desde el cielo. El sufrimiento de los niños y de tantas personas no viene de Dios, sino de la falta de humanidad entre nosotros: del egoísmo, de la injusticia, de la indiferencia.



DIOS NO CAUSA LAS DESGRACIAS

Dios sufre, sí. Sí, Dios sufre, porque no es impasible, por mucho que lo digan los filósofos de la antigüedad. Ahora bien, Dios sufre no por carencia -como nos sucede a nosotros-, sino por abundancia de amor. Quien ama, sufre. Quien ama absolutamente, como lo hace Dios, sufre mucho cuando ve sufrir a sus queridas criaturas. Dios sufre con quienes sufren.

Pero Dios es amor presente en cada gesto de compasión, en cada mano que levanta, en cada persona que cuida, acompaña y protege al maltratado, al abusado, al que le han quitado la voz, al que no cree en nada ni en nadie, a quien está harto. Cuando actuamos con bondad, cuando somos solidarios, cuando elegimos amar, cuando escuchamos y dejamos de hablar diciendo sandeces pías sin alma, ahí está Dios actuando en

nosotros. Cuando hacemos daño, con hechos y palabras, estamos impidiendo que Dios ame. ¡Esto es muy serio!

Somos capaces de mucho bien. Podemos ser buenos samaritanos unos para otros. Y si viviéramos desde esa bondad profunda que habita en cada ser humano, el mundo sería distinto: habría menos niños abandonados, menos guerras, menos dolor, menos sinvergüenzas que salen airoso de todo, y siempre gozan de la impunidad que les dan aquellos a quienes sirven. Creer en esto no es ingenuidad: es esperanza. Y esa esperanza merece la pena.

No busquemos en Dios la explicación del sufrimiento. Un Dios que justificara el dolor no sería un Dios de amor. El Dios verdadero es amor que late en todo lo que vive -como nos lo ha dicho san Juan-, es el Corazón que se alegra y sufre con nosotros -los corazonistas sabemos bien que Dios tiene Corazón- y que nos impulsa a crear un mundo más humano, desde la educación.

El Dios en quien yo creo es el Dios de Jesús. Y creo que cada vez que consolamos, que sanamos, que acompañamos, que damos voz al que lleva años callando, estamos dejando que Dios viva y actúe a través de nosotros. No necesitamos tener todas las respuestas. Basta con seguir amando y caminando juntos.



¿PERMITE DIOS LAS DESGRACIAS?

A veces se dice que Dios no quiere las desgracias que nos pasan, pero que las “permite” para probarnos o purificarnos. ¿Puede aceptar eso una fe medianamente madura? Yo creo que no. Una fe madura nos invita a ir más allá de explicaciones que, aunque bien intencionadas, pueden presentar a Dios como alguien indiferente ante el dolor. El corazón del Evangelio nos muestra que Dios

está siempre del lado de quienes sufren, sanando, levantando, liberando y dando esperanza.

El dolor y las desgracias no provienen de Dios, sino de la fragilidad propia del mundo en el que vivimos y, muchas veces, también de las decisiones humanas marcadas por el egoísmo, la injusticia o la falta de amor. Reconocer esto no nos aleja de la fe, sino que nos invita a una responsabilidad mayor: construir un mundo más justo, más solidario y más humano, como signo vivo del Reino de Dios.

Creer en Dios no permite resignarse ante el sufrimiento, sino comprometerse con más fuerza con la vida, con la justicia y con la dignidad de cada persona. Porque donde hay amor, compasión y compromiso por el bien, allí está actuando Dios.

ADEMUZ, 19:40 DEL DÍA 18

El domingo 18 de diciembre del presente año, al caer la tarde, tuvo lugar el accidente ferroviario en Adamuz, Córdoba, con 45 fallecidos y decenas de heridos.

Un tren de la compañía Iryo salió de Málaga a las 18:40 horas con destino Madrid. A bordo iban 317 pasajeros. Una hora más tarde descarrilaron sus tres últimos vagones invadiendo la vía contraria, por donde, en ese momento, circulaba un tren Alvia con destino Huelva. Los vagones del Iryo colisionaron contra los dos primeros del Alvia, que salieron despedidos y cayeron por un terraplén de unos cuatro metros.

Esa noche, el padre Rafael, párroco de San Andrés en Adamuz, tras una semana fuera del pueblo haciendo los ejercicios espirituales anuales, regresó a casa, pero no tenía nada para cenar, y pidió comida a un bar. Fue precisamente el camarero el que le instó a poner la televisión: un tren había descarrilado en este pueblo de 4.000 habitantes que abraza por un lado Sierra Morena y por el otro el río Guadalquivir. Con el Canal 24 horas de fondo, el sacerdote hizo una video-llamada al grupo de WhatsApp de la Cáritas parroquial. “Era la forma más rápida de convocarlos a todos”. En una hora habían

llenado varios coches con los víveres almacenados en el economato parroquial y ya estaban todos manos a la obra poniéndose al servicio del alcalde -un joven sencillo y admirable por su entrega callada y total- para coordinar el dispositivo de emergencia. Es así como se hacía realidad la Iglesia hospital de campaña con la que soñaba el recordado Papa Francisco.

“Cómo párroco, me siento orgulloso de mi pueblo, de los cristianos y de los no creyentes, que han sabido actuar como buenos samaritanos cuando se ha necesitado”, apunta el sacerdote que, quien, a sus 35 años de edad, cuenta con un largo recorrido pastoral. De hecho, insiste en esa solidaridad que llevó hasta el centro de operaciones a mayores y pequeños. “Incluso el monaguillo estaba allí en primera línea”, señala.

El desbordamiento era tal que el párroco tuvo que frenar a una comunidad de religiosas de un pueblo cercano, porque las hermanas querían dar todo lo que tenían. ¡Impresionante! Dijo el sacerdote:

No hubo necesidad de que el cura o las autoridades civiles pidieran nada, salió del corazón de la gente ir a la zona cero para ayudar. En todos está grabada esa actitud del buen samaritano: sin que nadie te tenga que decir nada, inmediatamente, si piensas que puedes ayudar, ayudas.



¿ES CRISTIANO HABLAR DEL CASTIGO DE DIOS?

Como es bien sabido, en 1755, un terremoto en Lisboa provocó la muerte de unas 100.000 personas. El pensador francés Voltaire escribió un poema que cuestionaba la providencia divina y el optimismo filosófico. Según él, Dios no intervenía en el mundo: solo había creado el universo y sus leyes,

pero no cambiaba el curso de la naturaleza ni de la historia. No era un Padre o un Señor, sino más bien un relojero que pone en marcha el cosmos. Voltaire sostenía que solo una teología perversa podía afirmar que Dios castigaba a los humanos con desastres como el terremoto o el Diluvio, pues eso implicaría justificar la muerte de inocentes.

Por su parte, Rousseau opinaba que el terremoto no era castigo divino, sino consecuencia de la arrogancia humana. Los hombres construían edificios altos y se concentraban en grandes ciudades, desafiando el orden natural. De algún modo, la civilización continuaba el desafío de la torre de Babel, usando la ciencia y la tecnología para alterar la naturaleza.

¿Merecía alguna de las víctimas de Adamuz algo así? No faltan mentes abstrusas, oscuras y -tal vez- retorcidas, que todavía hoy atribuyen a la voluntad de Dios la muerte de inocentes. Lo vimos en la lamentable pandemia que padecemos, y que se cobró tantas víctimas. Y dicen: "¡Será la voluntad de Dios!". O: "¡Algo habrá hecho!".



Hay que decirlo claro y alto: ¡El Dios cristiano no castiga! Los que hablan de los castigos de Dios, no tienen razón, están en el error, y les urge salir del mismo; o dicen semejantes barbaridades por mala fe.

En los evangelios, el término "castigo" -*dikê*- no aparece ni una sola vez. Y el verbo "castigar" o "vengar" -*ekdikéō*- sólo aparece en la parábola de la viuda que pide justicia (Lc 18,3 ss). Es verdad que, en los escritos de san Pablo, se habla de la venganza de Dios. Pero será bueno saber que, cuando Pablo habla de Dios, se refiere al Dios de Abrahán y a las promesas hechas a Abrahán. Y sobre todo es fundamental recordar que la imagen de Dios que tiene Jesús -el Hijo es el único que puede mostrarnos al Dios verdadero-, es el Padre bueno que no hace distinción

entre buenos y malos, entre justos e injustos (Mt 5,43-48). Es, además, el Padre que acoge al perdido y al extraviado, sin reprenderle ni pedirle explicaciones, haciéndole fiesta en el colmo de su alegría (Lc 15,11-32).

Pero, sobre todo, cuando los cristianos hablamos de Dios, jamás deberíamos olvidar que la definición que se nos da de ese Dios se reduce a que "es amor" (1 Jn 4,8.16). Ahora bien, si Dios se define esencialmente por el amor a los demás, sean quienes sean y vivan como vivan, eso quiere decir que Dios no sabe, ni quiere, ni puede hacer otra cosa que no sea amar y hacer felices a los seres humanos; en él no hay más que amor y salvación -el infierno no es de Dios-; nosotros podemos negarnos a acoger su amor, pero pensar que Dios nos castiga, a pesar de las frases de la Biblia, que hay que entenderlas como formas de expresarse, es un error. Esto lo ha hecho notar muy bien el gran teólogo español A. Torres Queiruga, que es objeto de las furibundas palabras de ciertos sectores.

¿ES LO MISMO CASTIGAR QUE CORREGIR?

Pues no es lo mismo. Es necesario distinguir ambos términos con cuidado. ¿Qué es el castigo? Es una acción que tiene un fin en sí misma, ¿Y cuál es esa finalidad? El castigo ni tiene, ni puede tener otra finalidad que hacer sufrir. Es lo más opuesto a cualquier forma de bondad y amor.

¿Qué es la corrección? Por su parte, la corrección es "un medio" -doloroso o desagradable- para obtener un fin posterior, que siempre es positivo y gozoso. Por eso, los padres corrigen a sus hijos, los maestros a sus alumnos. Jesús no castigó a los fariseos cuando les dijo que eran "hipócritas". Como tampoco castigó a Pedro cuando lo calificó de "¡Satanás!" (Mt 16,27 par). En estos – y en tantos otros casos – Jesús no actuó como "castigador", sino como "corrector" del que sólo pretende el bien y la dicha de aquellos a quienes corrige.

Por tanto, creo que queda suficientemente claro que el castigo no es cosa de Dios. Una

mirada honesta sobre las páginas de la Biblia nos muestra que la Palabra de Dios escrita recoge innumerables signos liberadores y rebosantes de amor solidario. No puede ser de otro modo.



Dios no observa el mundo desde lejos. Lee-
mos en el libro del Éxodo una página deliciosa, que muestra la verdad de lo dicho:

El Señor dijo:

Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor, provocados por sus capataces. Sí, conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a librarlo del poder de los egipcios y a hacerlo subir, desde aquel país, a una tierra fértil y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, los hititas, los amorreos, los perizitas, los jivitas y los jebuseos. El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto cómo son oprimidos por los egipcios. Ahora ve, yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas". Pero Moisés dijo a Dios: "¿Quién soy yo para presentarme ante el Faraón y hacer salir de Egipto a los israelitas?". "Yo estaré contigo, les dijo a Dios, y esta es la señal de que soy yo el que te envía: después que hagas salir de Egipto al pueblo, ustedes darán culto a Dios en esta montaña (Éx 3,7-12).

Dios "ve", "oye", "conoce"... Así, siete verbos. Siga cada uno la reflexión. El Dios del AT es el mismo que nos revela Jesús, ¡porque no hay otro!

DIOS CUENTA CON NOSOTROS

Dios actúa, muy bien. Pero, siendo Dios todopoderoso, es decir, que lo puede todo, ¿necesita de nosotros? Así nos lo comunican dos mujeres creyentes: Dorothee Sölle y Etty Hillesum.

Imaginemos al centinela de una torre o a un vigía en lo alto del mástil de un barco. Tan

erguido y concentrado hacia el horizonte que reconoce su línea aún en la oscuridad y está preparado para detectar luces o interpretar cualquier mínimo movimiento. Así hacen los profetas y profetisas de todos los tiempos, atentos como centinelas de la historia.

Dorothee Sölle puede ser recordada como uno de ellos. Dorothee, teóloga luterana y poeta, nació en 1929, el mismo año que Ana Frank. Provenía de una familia alemana en la que sus padres eran opositores al régimen nazi. En casa oía hablar sin censura de torturas y deportaciones, pero fuera del hogar debía tener cuidado con lo que decía, sobre todo, en la escuela. Esta doble vida fue el día a día de muchos niños; una experiencia, la de vivir en dos mundos, que le acompañará incluso después de la guerra. Ante la injusticia, el mundo siempre se divide entre los que denuncian los abusos y la maldad y los que desde el poder construyen un relato falso para engañarse a sí mismos, convenciendo de su inocencia, y pretendiendo engañar a los demás..., y muchas veces, desgraciadamente, lo consiguen. Lo estamos viendo.



Su brillante reflexión cuestionó una teología que había hecho compatible el cristianismo con las cámaras de gas para millones de alemanes. Su interés fue siempre la experiencia del Dios vivo en el corazón de la realidad: en la vida cotidiana, tan trivializada e injuriada por la teología y los espiritualismos de evasión; y también en medio de los conflictos éticos, sociales y políticos contemporáneos: el holocausto, la carrera armamentista, el fascismo, el consumismo, la injusticia y la explotación de los países más pobres, la guerra o la devastación ecológica. Oponiéndose a un teísmo que nos lleva a representar a Dios como omnipotente y sádico, Sölle se

muestra muy sensible al dicho de Dietrich Bonhoeffer: “Sólo un Dios que sufre puede ayudarnos”. Ella se preocupó de que “la teología no se quedara en la torre de marfil del golpe de pecho”.

Dorothee, citando a Teresa de Ávila, proclamaba: “Dios no tiene más manos que las nuestras”. No interviene para sustituirnos como si fuéramos niños torpes, sino que nos hace capaces y responsables de amar y practicar la justicia. Sostiene, además, que la oración no es una forma de mirar a Dios, sino de aprender a mirar el mundo con los ojos de Dios y actuar para cambiarlo. La única forma de orar es participar activamente en una reforma de la sociedad y de la Iglesia.



Por su parte Etty -Esther- Hillesum, una mujer holandesa de origen judío que terminó sus días en el campo de concentración de Auschwitz el 30 de noviembre de 1943, a los 29 años de edad, dice en su Diario en una nota escrita en julio de 1942, un año antes de su muerte, en el trágico anonimato del campo de exterminio nazi:

Amado Dios, vivimos tiempos de inquietud... Pero hay una cosa que cada vez tengo más clara: que tú no puedes ayudarnos, que nosotros te ayudamos para que nos ayudes a nosotros mismos. Y todo cuanto podemos hacer en estos días y lo que realmente importa es proteger ese poco de ti, oh Dios, en nosotros. Y, posiblemente, también en otros. Lamentablemente no parece que puedas hacer mucho en nuestras circunstancias, en nuestras vidas. Tampoco te responsabilizo por ello. No puedes ayudarnos, pero debemos ayudarte a defender tu morada en nuestro interior hasta el final... Créeme; trabajaré sin descanso para ti y te seré fiel y nunca te apartaré de mi presencia.

El jazmín que hay detrás de mi casa ha sido completamente arruinado por las lluvias y las tormentas de los últimos días; sus blancas flores flotan en las enlodadas charcas sobre el tejado del garaje. Pero en alguna parte dentro de mí el jazmín

sigue floreciendo imperturbable y difunde su fragancia en la casa donde tú, oh Dios, habitas. Ya ves que cuido de ti, que te traigo no sólo mis lágrimas y aprensiones, sino también el fragante jazmín. Y te traeré todas las flores que encuentre en mi camino que ciertamente son muchas. Intentaré que te sientas siempre en tu casa.

Poco antes, el 29 de mayo, había escrito:

A veces resulta duro asimilar y comprender, oh Dios, lo que quienes han sido creados a imagen tuya se están haciendo entre sí en estos enloquecidos días. Pero no voy a recluirme en mi habitación, oh Dios; intentaré mirar a las cosas a la cara, incluso los peores delitos, y descubrir al pequeño y desnudo ser humano en medio de los monstruosos restos provocados por las absurdas acciones del hombre... Intento plantar cara al mundo, oh Dios, no huir de la realidad a mis bellos sueños –aunque creo que los bellos sueños pueden coexistir con la realidad más horrible –y seguir alabando tu creación, oh Dios, a pesar de todo.

Etty nos fascina a muchos, porque no acepta un Dios con soluciones mágicas, sino que cree en un Dios al que trata de ayudar en su creación y al que defiende para que permanezca siempre con ella y pueda así seguir ayudándola. “El Señor es mi baluarte”, escribió en una postal arrojada desde el tren que de mercancías que la transportaba a Auschwitz, junto con sus padres y su hermano Mischa.

Tanto Dorothee como Etty dijeron con valentía y convicción que Dios necesita nuestra ayuda.



CON LAS ENTRAÑAS CONMOVIDAS

Hemos visto el texto del libro del Éxodo. Y ahora vamos al Evangelio de Lucas. La parábola del buen samaritano es un magnífico ejemplo de la providencia divina. Jesús dice en ese bello y exigente relato que Dios no

curó al viajero asaltado y arrojado desnudo a un lado del camino. Lo hizo un hombre de Samaria; un personaje proveniente de un territorio despreciado por los judíos de Jerusalén por razones históricas y religiosas, que no podemos abordar ahora. Un sacerdote y un levita bajaban por allí... Se dice que el sacerdote "bajaba" y lo mismo el levita. La precisión es muy importante. Si subieran tendrían quizá prisa para llegar al Templo y, sobre todo, tenían que estar "puros" para hacer los sacrificios. Por eso tenían que "mirar al herido". Si era un muerto con prepucio resultaba complicado ayudarlo, porque era en principio impuro les manchaba para los rezos... El texto no dice lo que era, pero le deja allí desnudo, a las miradas de hombres de templo... Si estaba un herido-muerto las cosas resultaban aún más complicadas, porque los muertos manchan a los sacerdotes - no les dejan celebrar con pureza...-.

Aquellos hombres "bajaban" de estar con Dios en su Templo; estaban puros, no tenían problema de mancharse por unas horas -pasada la noche podrían limpiarse de nuevo-. Pero, resulta que el Dios al que oran y ofrecen sacrificios no les lleva a ayudar al herido, sino todo lo contrario. Ellos van llenos "de Templo y de Dios". Hubiera sido mejor que levita y sacerdote no creyeran en Dios, ni tuvieran Templo, sino que simplemente "se compadecieran". Pero no lo hicieron. Hombres de Iglesia han actuado así con las víctimas de los abusos de poder y sexuales a vulnerables -niños, jóvenes y adultos-, que otros "colegas" suyos han realizado de manera repugnante. ¡Silencio cómplice!

En Adamuz y otros pueblos de la zona, los vecinos se han volcado sin dudarlos con los heridos y los familiares de las víctimas, sin hacer un guiño a Dios, por lo buenos que son, ni difundir fotografías para dar a conocer la bondad de sus obras. En los hospitales, algunos pacientes que llevaban horas esperando en urgencias han cedido su turno a los accidentados, priorizando el bienestar ajeno.

¿Tiene algo que ver todo ello con la tradición cristiana subyacente, en este caso, en España, pues es desde donde escribo lamentando la tragedia de Adamuz? Se podrá

pensar como se quiera -no pretendo convencer a nadie, ni mucho menos-, pero creo que sí. Se podrá decir que el contexto cultural español lleva a conmoverse y echar una mano o las dos. Pero, a mi juicio, es preciso tener muy presente que ese contexto y los valores en él alimentados han sido forjados en el inequívoco y precioso influjo de una sana tradición cristiana, ante todo. Una tradición que se sigue manteniendo gracias al trabajo que realizan muchas escuelas cristianas y parroquias. Es preciso que lo tengamos en cuenta los que creemos en la educación y somos educadores por vocación.



La tradición cristiana es fundamental, pero no solo ella subyace en tanta compasión efectiva. Creo que los principios ilustrados, asimilados en este contexto, han tenido también gran importancia. La Ilustración, que es para nuestra época lo que fue la Antigüedad grecolatina para la baja Edad Media y el Renacimiento, no fue un movimiento anticristiano, sino una rebelión contra ese clericalismo que hoy sigue causando tanta perplejidad y malestar.

LA PROVIDENCIA ENCARNADA EN HUMANIDAD

La providencia de Dios no podemos imaginárnosla como si Dios es un jugador de ajedrez que mueve sus piezas. Dios anima, impulsa y orienta hombres libres, dotados de vida interior. La providencia de Dios es el hombre compasivo. La providencia de Dios

consiste en despertar en los corazones el impulso de ayudar a las víctimas, de todas las víctimas.

Que nadie se moleste, pero considero que la providencia no es uno de esos milagros inverosímiles y a veces crueles que aparecen en el AT, como la separación de las aguas del Mar Rojo, para franquear el paso al pueblo elegido y ahogar a los ejércitos del faraón, sino ese resorte interior que se activa ante el dolor ajeno.

Un drama ha sacudido a todos, como sociedad, como un aldabonazo, y nos ha recordado la fragilidad de la vida, pero también la solidaridad de un pueblo. Médicos, personal de enfermería y celadores han acudido voluntariamente al Hospital Reina Sofía de Córdoba para atender a las víctimas. La policía, la Guardia Civil y la UME han trabajado sin descanso para salvar vidas. Julio, el adolescente de 16 años que corrió para salvar vidas, entregó hasta sus zapatillas para que un herido pudiera caminar. Algunos vecinos han acudido al escenario del accidente con herramientas para ayudar a liberar a los viajeros atrapados en los vagones. Otros han ofrecido la sencillez de sus hogares a los heridos o han aportado mantas, agua y comida.

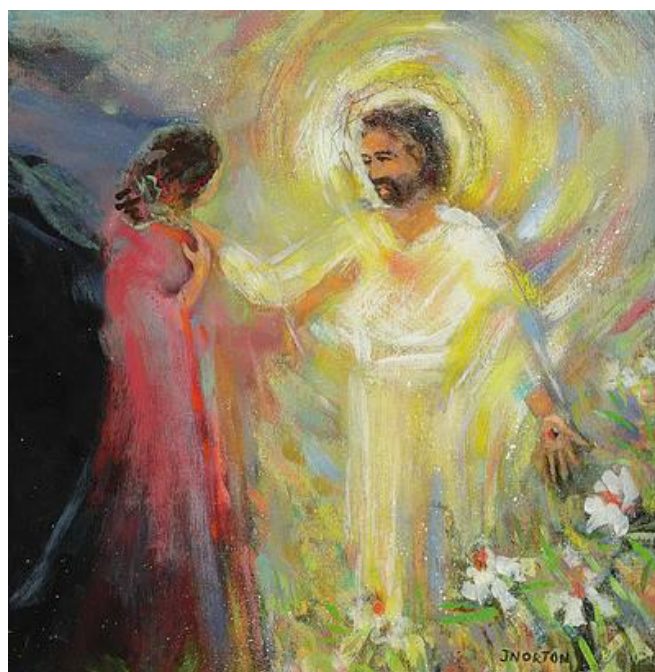
Ha habido otros gestos que se ponen los pelos de punta al conocerlos: Algunos enfermos hospitalizados han pedido el alta para ceder sus camas a los afectados por la colisión de los trenes. Y todos los que han podido se han dedicado a consolar a los supervivientes y sus familias, pues les ha parecido que ellos lo necesitaban más. ¡Cuánta humanidad vivida a corazón abierto!

Todo un pueblo haciendo creíble a un Dios que es amor ayudando y orando, porque ante la desnudez de la muerte sólo nos queda la esperanza, que siempre nos transciende, y la búsqueda de la unidad en el dolor, que no entiende de ideologías, aunque no falten los que ideologizan todo.

La madre de un vecino llamado Fidel, viajaba en el tren rezando el rosario, según el testimonio de su hermano, ingresado ya en el hospital. Fidel habla maravillas de su madre, mujer de fe, siempre entregada a los demás.

Cuando le anunciaron que su madre había fallecido, dijo: cuántas veces podíamos decirnos lo que nos queremos y no lo hacemos. Ánimo y adelante. ¡Gran lección: El amor y la bondad se transmiten aquí y ahora!

Desgraciadamente, no solo se han producido actos de solidaridad. Compañías aéreas y de alquiler de vehículos han aprovechado la tragedia para subir abusivamente sus precios. Ha habido conspiranoicos entrando en una vorágine de sospechas intencionadas. Ha habido políticos mostrando signos repugnantes de vanalidad y vileza, preocupados más en los réditos políticos que en las víctimas.



Ante cualquier accidente, y más si es tan grave, es una exigencia radical esclarecer lo sucedido a través de una exhaustiva investigación, abordar las causas y poner todos los medios disponibles para que una tragedia de este calibre no se repita. De la misma manera, se tendrán que depurar las responsabilidades correspondientes si fuese necesario. Sin embargo, este ejercicio de justicia y responsabilidad civil no puede devenir en batallas partidistas que acaben utilizando una catástrofe como arma arrojadiza. El pueblo quiere testigos que arrimen el hombro, no agitadores.

Jesús Fernández, obispo de Córdoba, ha dicho: “La gente de a pie está por encima de cualquier batalla. “Dios estaba en el corazón

y en las manos de los habitantes de Adamuz”, ha dicho el párroco.

Pese a los agitadores, y por encima de ellos, el poder de Dios, su providencia, lejos de ser maniobras de ilusionista que degradan la experiencia religiosa a mera superstición, se ha expresado en grandiosos signos de solidaridad.



El filósofo judío Hans Jonas nos ofrece una mirada sobre Dios muy alejada de ciertas teologías tradicionales. Ha rechazado la idea de un Dios omnipotente, lejano y escrutador, para destacar que Dios no solo sufre, sino que, además, necesita nuestra colaboración para superar el mal, coincidiendo con D. Sölle y E. Hillesum. Dice Jonas que la obra divina de redención no se realizará sin la ayuda del ser humano, lo cual coloca sobre nuestros hombros una enorme responsabilidad ética y cósmica.

Por eso, la relación con Dios no debe ser de sumisión, sino de entendimiento y colaboración. Colaboración como la que ha acontecido en Adamuz. Esa explosión de solidaridad es el signo de los tiempos, el acontecimiento que revela la presencia de Dios en el mundo.

Algo más de Hans Jonas. "Mira y verás", le gustaba decir. Para él, desde el Dios que lleva dentro, la conciencia se despierta con la mirada, sobre todo cuando se mira el rostro desagradable de la pobreza, que han dejado de esperar y muchas veces incluso de desear. Lo que nosotros llamamos "conciencia" es nuestra respuesta a la emergencia del pobre. Ahí está la providencia.

¡AL FINAL LA VIDA VENCERÁ!

La respuesta cristiana a la tragedia de Adamuz solo puede consistir en una solidaridad

incondicional con las víctimas. Pero ¿qué sucede con los fallecidos? ¿Ya solo son materia muerta, inerte, abocada al olvido? No. "La muerte es el último enemigo" (1 Cor 15, 26), pero ha sido derrotada por la resurrección de Jesús, el Cristo. La resurrección es la gran obra, la mayor obra del Padre y del Espíritu en la persona del Hijo encarnado, es verdad. Y es una protesta contra la miseria, la injusticia, el mal y la muerte. Va más allá de lo posible, pero no contra la razón. Es más, el universo se vuelve más racional con la perspectiva de la resurrección. Sin ella, todo deviene absurdo y efímero. Y el dolor se convierte en un aullido aterrador.

La resurrección de Cristo abre un camino. Un camino áspero, pues soporta el acecho de la duda, la incredulidad y la desesperación. La resurrección es una promesa, una utopía, y no puede verificarse en un laboratorio. La libertad, el amor, el bien, la verdad y la belleza tampoco pueden objetivarse en una probeta, pero sabemos que son lo más importante y lo único que da sentido a la existencia.

La esperanza no se queda en el mundo conocido, dejando al ser humano en una situación de impotencia frente a la muerte. La esperanza cristiana es más radical, pues -como escribe Moltmann- "crea vida de la muerte". Los creyentes no aceptamos el silencio anodador de la muerte cósmica. Solo la promesa de la resurrección expande el futuro, posibilidad la experiencia de un amor sin fecha de caducidad. ¡Al final la vida vencerá!

TODA LA CREACIÓN EXPECTANTE

La fe que nace del miedo a la propia muerte es una triste fe, pero la fe que surge de la necesidad de hallar una esperanza para la tierra y sus moradores es la más hermosa de las utopías y la única alternativa al nihilismo.

El día 22, por la mañana, ha aparecido "Boro", el perro extraviado en el accidente, que acompañaba a dos hermanas. Una ha sobrevivido con lesiones leves, pero la otra, que está embarazada de cinco meses, se encuentra entubada en la UCI. El padre y la hermana permanecen al lado de la herida, pero

eso no ha impedido que pidan ayuda para encontrar al perro, pues lo consideran una parte de la familia. Y “Boro” aparece vivo.

Algunos se han preguntado: ¿Cómo se preocupan de un animal ante semejante tragedia? Esas personas se han ocupado de los demás, pero les mueve el amor a Boro. El amor es un sentimiento suficientemente vasto para no conocer límites. Uno de los pecados de la tradición cristiana es su grosero especismo. ¿Qué es el especismo? Vamos al Diccionario de la RAE, y encontramos los siguientes significados: Discriminación de los animales por considerarlos especies inferiores. Creencia según la cual el ser humano es superior al resto de los animales, y por ello puede utilizarlos en beneficio propio.

San Pablo dice: “La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios” (Rm 8,19)

El Papa Francisco en “Laudato sí” nos ha recordado que no somos los reyes de la creación, sino los responsables de preservar su equilibrio y evitar el sufrimiento innecesario, sobre el de los pobres. El teólogo J. B. Metz -el que nos habló de la “mística de los ojos abiertos”- suscribe este razonamiento, y escribe:

Espero que el antropocentrismo cristiano perciba lo antes –y más consecuentemente- posible que el mundo de los hombres no existe, para empezar, sin el mundo de los animales, y que por tanto los animales, al menos en la medida en que pertenecen al mundo de los hombres, también tienen un futuro paradisiaco.

Como ha recordado el Papa León XIV, ahora la prioridad es atender y consolar a los supervivientes, pero no podemos limitarnos a eso. En cuanto a los difuntos, no es suficiente honrar su memoria. Su recuerdo debe estar vinculado a la esperanza. El dolor solo se supera mediante la espera de lo imposible, es decir, mediante la confianza en que la muerte será vencida por la vida. Donde la razón solo ve un límite insalvable, la fe aprecia una apertura infinita. Cuando la ofuscación solo nos permita atisbar un límite y no una promesa, conviene recordar las palabras de san Pablo en su carta a los Romanos:

Por la esperanza hemos sido salvados: pero una esperanza que se ve, no es esperanza; pues lo que uno ve, ¿cómo lo esperará? Y si esperamos algo que no vemos, aguardemos con paciencia (Rom 8, 24-25).

CONCLUSIÓN

1. Los educadores tenemos una insoslayable tarea. La preocupación y ocupación por las víctimas ha sido admirable: la tradición cristiana, recogida y acogida a lo largo de la vida en la familia, la escuela, la parroquia..., juntamente con los valores ilustrados, ha salido a flor de piel en muchísimas personas. Debemos seguir educando en esta línea, aunque el secularismo asuste a no pocos y les desconcierte.

2. La gente solidaria en Adamuz ha vivido estos días con los ojos bien abiertos. Es una actitud que considero fundamental en un educador, y en todo cristiano.

Quisiera ilustrar el valor de la presencia de los ojos abiertos con alguna experiencia personal. Una mañana de agosto de 1990, el Padre Pío Zarrabe, misionero pasionista en la selva peruana, Provicario de Yurimaguas, nos subimos a un peque-peque -pequeña embarcación fluvial de madera-. Íbamos a dar un curso a maestros, iniciando así las primeras actividades de la Escuela Superior de Educación Religiosa, creada por el Padre Pío ese mismo año, con la colaboración de los hermanos corazonistas.



Al desembarcar, se nos acercó un grupo numeroso de niños y adolescentes. El Padre me dijo: “Mírales bien a la cara; mírales a la cara; verás que fácil es quererles”. Eran pequeños rostros, llenos de deseos, aunque

muchos han perdido ya la capacidad de mirar.

Aquella lección ha sido clave en mi vida. Pienso que la mirada ha sido importantísima en la red tupida de solidaridad ilimitada en Adamuz.

3. En mi vida ha habido varias personas que me han ayudado a descubrir al Dios cristiana, a vivir con la mística de ojos abiertos. Cuando era alumno del colegio de Telleri Alde, con el hermano Ángel Ibarzábal fui a visitar en tardes de sábado a los ancianos albergados en el asilo de Rentería, con un grupo de compañeros. Aquella acción sencilla ha quedado impresa en mi corazón.

Muchos años después, he tenido el regalo de conocer y compartir con el hermano Juan José Zabalza. Si tuviera que traer a mi mente un cristiano cercano, con entrañas compasivas, me aparece él; un hermano con responsabilidades sumamente relevantes, todas asumidas con sencillez, que ha hecho de su vida una apuesta -a veces indignada por la insensatez de muchos- por niños y adolescentes “desgraciados”, para devolverles su ser de agraciados, pues eso es lo que son para el Dios de la Vida. Gracias, hermanos.

Termino con una oración:

Jesús, no tienes manos.
Tienes sólo nuestras manos
para construir un mundo donde reine la justicia.

Jesús, no tienes pies.
Tienes sólo nuestros pies
para poner en marcha la libertad y el amor.

Jesús, no tienes labios.
Tienes sólo nuestros labios
para anunciar al mundo
la Buena Noticia de los pobres.

Jesús, no tienes medios.
Tienes sólo nuestra acción
para lograr que todos seamos hermanos.

Jesús, nosotros somos tu Evangelio,
el único Evangelio que la gente puede leer,
si nuestras vidas son obras y palabras eficaces.

Jesús, danos tu amor y tu fuerza
para proseguir tu causa
y darte a conocer a todos cuantos podamos.

24 de enero, 2026

